

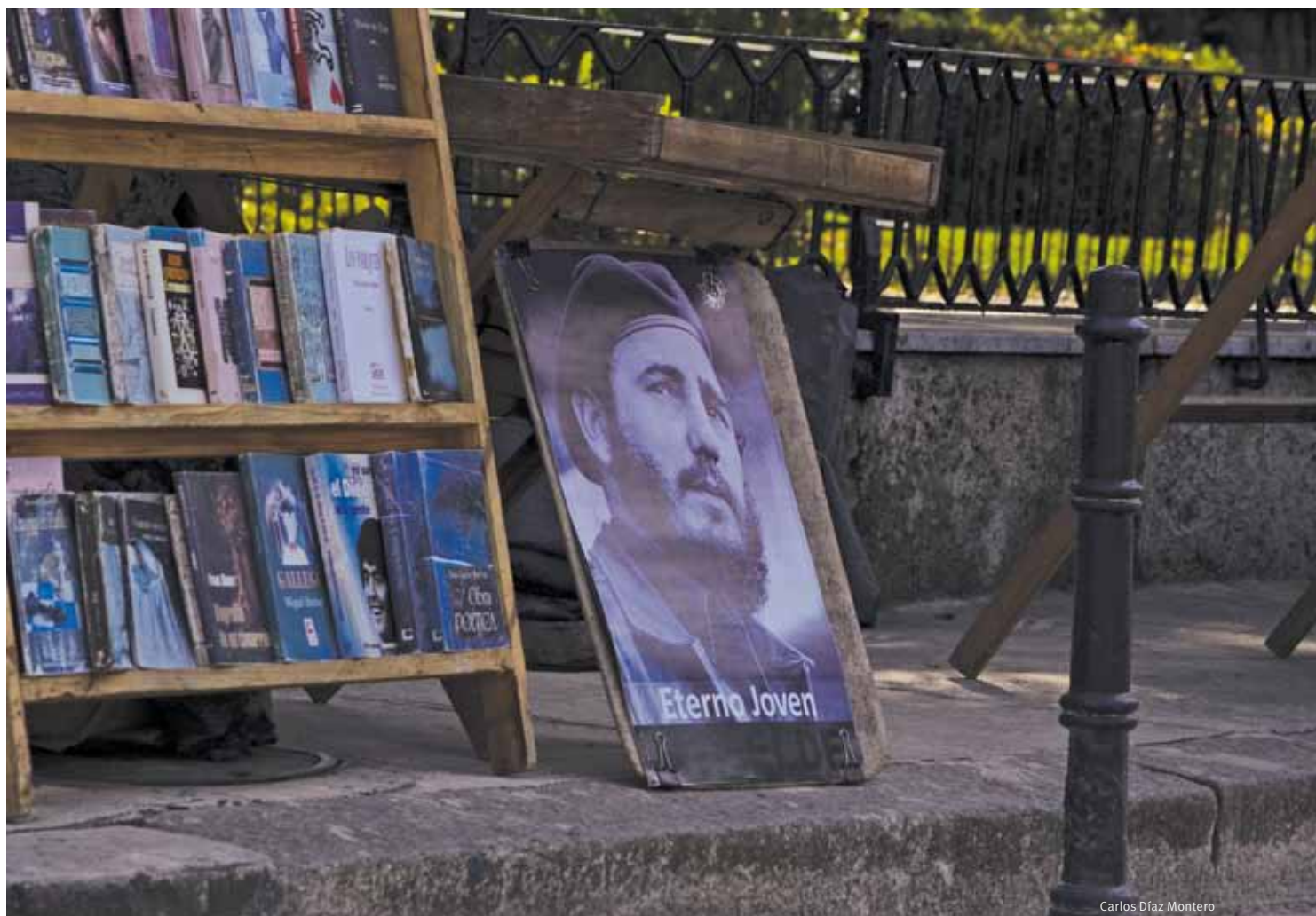
CUBA Y ESTADOS UNIDOS: Cuando la “normalidad” asombra

Elaine Acosta González*

Desde mi perspectiva, como socióloga y como cubana, ante los procesos que se avecinan se requiere un esfuerzo adicional de reflexión para renovar las bases de la convivencia social en Cuba.

Quienes viven en la isla, pese a su aparente inmovilismo, han cambiado desde la década de los noventa: la apatía social y la uniformidad política han impedido articular procesos de democratización y desarrollo.

* Socióloga, Doctora en Estudios Internacionales e Interculturales, Directora del Magíster en Sociología, Universidad Alberto Hurtado, Chile. / eacosta@uahurtado.cl



Carlos Díaz Montero

Soy hija de un proceso llamado “revolución cubana”, cuyo devenir ha estado profundamente marcado por las relaciones hostiles que han mantenido “el” Gobierno cubano y las diferentes administraciones estadounidenses que se han sucedido desde 1959. En consecuencia, escribo aquí de lo que me duele e importa, de lo que todavía no alcanzo a digerir personalmente y, tanto menos, a comprender sociológicamente. No podía resistirme a la invitación a compartir mis primeras impresiones sobre los anuncios del pasado 17 de diciembre acerca del restablecimiento de relaciones entre Estados Unidos y Cuba. Es una obligación personal y académica, probablemente un ejercicio de catarsis sobre lo acontecido y sus posibles consecuencias para la sociedad cubana y los cubanos esparcidos por el mundo.

Lo expresado por los presidentes Barak Obama y Raúl Castro es un acontecimiento histórico que aún no podemos dimensionar, aunque —teniendo en cuenta los cincuenta años de este diferendo— nos resulta sintomática la amplia acogida positiva hacia su anuncio. La imagen de una conferencia de prensa simultánea de los gobernantes de Cuba y Estados Unidos era una foto impensada hasta hace muy poco. Y es que las relaciones bilaterales de las últimas décadas se han asemejado mucho a esos culebrones televisivos que llegan a aburrir con sus dilatados episodios. En la sociedad cubana, la “lucha contra el imperialismo yanqui” se ha constituido en discurso que ha funcionado desde el punto de vista ideológico como un cimiento aglutinador, y como estandarte de combates y resistencias de la izquierda, lo que despertó simpatías mundiales.

¿Qué significa la “normalización” de estos vínculos, cuando nos hemos acostumbrado a vivir y pensar en clave de “excepcionalidad”? ¿Seremos capaces de vivir en paz y de perdonarnos el uno al otro, y de parir un proceso de cambios —tan necesarios como urgentes para la sociedad cubana— que no sean el resultado de imposiciones, voluntarismos ni presiones?

Antes que a observar las variables sociohistóricas involucradas, este artículo se orienta a reflexionar en las consecuencias y posibilidades que abre el anuncio de diciembre pasado. Coincido con Adrienne Miller en que “hoy es posible que se abra el camino para que nos conozcamos mejor”, saliendo a encontrarnos independientemente de las faldas del comunismo/socialismo, del capitalismo, del oportunismo o del revanchismo (entrevista a A. Miller, Infobae, 2014).

¿SABREMOS VIVIR SIN EL “ANTI”?

Una consecuencia del inicio de este proceso se relaciona con la naturaleza conflictiva que ha caracterizado los vínculos con Estados Unidos, situación que ha generado rigideces también en las representaciones sociales. Debido a esto, el problema no podrá resolverse solo con el restablecimiento de relaciones entre los Estados, ni siquiera con la cuestión todavía más difícil

¿Seremos capaces de vivir en paz y de perdonarnos el uno al otro, y de parir un proceso de cambios —tan necesarios como urgentes para la sociedad cubana— que no sean resultado de imposiciones, voluntarismos ni presiones?

de la eliminación del bloqueo/embargo —a pesar de que ambos pasos significarían un gran avance—, sino que se requiere un proceso más profundo de ruptura de estereotipos e imágenes negativas consolidadas durante años.

Es pertinente recordar que, desde su llegada al poder, el Gobierno “revolucionario” se preocupó de que el convulso escenario generado por la Revolución no deteriorase las relaciones con Estados Unidos. Esto tenía sentido por cuanto este país había sido el tradicional mercado azucarero y un importante proveedor de mercancías a la isla. El consenso que reflejaban los medios de comunicación cubanos sobre la importancia de la visita del entonces Primer Ministro, Fidel Castro, a los Estados Unidos en abril de 1959, confirma que este temor existía: “(...) creemos igualmente que ese viaje servirá para destruir los malentendidos que pudieran existir con respecto a la amistad de ambos países (...)

hacemos votos por que el viaje del Dr. Castro sirva para que se confirme, una vez más, una tradicional amistad que a todos nos beneficia” (*El Mundo*, 1959: A-4).

Sin embargo, a fines de 1959 este discurso comenzó a cambiar. Se acusó a Washington de apoyar a los que pretendían “agredir y obstaculizar el proceso revolucionario”, aunque aclarándose que el pueblo norteamericano era ajeno a estas acciones. Fue a partir del sabotaje que hizo explotar al barco francés *La Coubre*, matando a decenas de personas en el puerto de La Habana en marzo de 1960, que Estados Unidos empezaría a ser definido como el principal “enemigo” de la Revolución. Se le asignó responsabilidad en el hecho. Entonces se verificó el deterioro de las relaciones, aunque no solo en el plano político, pues el mandatario estadounidense recibió autorizaciones para que rebajara, cuando lo estimase conveniente, la cuota azucarera cubana.

El calificativo de “imperialismo yanqui” comenzó a ser usado para denominar al enemigo por excelencia de la Revolución. La recurrencia al símil bíblico del enfrentamiento de David contra Goliat grafica una contienda en la que el pequeño podría vencer al gigante, si anteponía su arsenal moral. Lo cierto es que el resultado de tan prolongado conflicto ha sido el predominio de un maniqueísmo que divide a las partes en enemigo-amigo, héroes-gusanos, revolucionarios-contrarrevolucionarios, impidiendo matices.

El resto es historia conocida. El proyecto ideológico del proceso revolucionario ha producido y reproducido constantemente esta fricción, agregándole nuevos contenidos. Cada nuevo capítulo no hizo más que reforzar las odiosidades correspondientes. Un caso emblemático en el que esta contienda rebasó todo límite fue el del pequeño Elián González, afianzando una visión negativa y homogénea del llamado “exilio histórico”. Se encasilló a la comunidad cubana en Estados Unidos en el lado del odio, en tanto que a los éxodos más recientes se los situó en el pragmatismo y la necesidad. Esta clasificación no ha hecho más que reproducir las dicotomías empobrecedoras ya mencio-

nadas, profundizando las abundantes visiones maniqueas, superficiales o simplonas que existen sobre la emigración cubana.

Pareciera hoy que la mejor disposición de ambos Gobiernos hacia el acercamiento se relaciona con intereses económicos. Expertos señalan que, tras los acuerdos, “la política de apertura y liberalización gradual de la economía isleña recibe un aval financiero y comercial tan necesario en estos momentos de virtual estancamiento. La flexibilización de las restricciones de viaje para los estadounidenses, la reanudación de la actividad bancaria entre ambos países, el aumento del monto permitido de las remesas que los norteamericanos envían a la isla (incremento de US\$ 500 a US\$ 2.000, lo que le permitirá ingresar hasta US\$ 8 mil millones por año), la ampliación de ventas y exportaciones entre ambas naciones (desde productos de construcción hasta maquinaria agrícola), así como la eventual eliminación de Cuba de la lista negra de países que promueven o patrocinan el terrorismo, son los primeros resultados concretos de esta medida” (Monreal, 2014).

Más allá de los dividendos económicos y políticos que uno y otro gobierno hayan calculado, la pregunta que surge, considerando la manera en que se han construido y cultivado esas relaciones en los últimos cincuenta años, es si “podremos, de una vez, dejar a un lado la retórica del insulto, la cual enrarece todo intento de reconciliación, en lugar de des-tacarla” (Alfonso, 2014).

DE ESPECTADORES RESIGNADOS A PROTAGONISTAS CRÍTICOS

La sociedad cubana, pese a su aparente inmovilismo, ha cambiado especialmente desde la década de los noventa. Las condiciones económicas y sociales registradas por las transformaciones de entonces han propiciado una suerte de cultura de la sobrevivencia que, junto a la apatía social, el inmovilismo y la uniformidad política, entre otros factores, han impedido articular un proceso de democratización de la sociedad cubana y, menos todavía, un proyecto de desarrollo. El propio Gobierno cubano reconoció oficialmente a finales de los noventa que, como efecto de la crisis económica sobrevenida tras el colapso del bloque socialista, “se produce una indeseada diferenciación social y aumentan las ilegalidades, todo lo cual daña nuestros valores. Las graves dificultades (...) han puesto a prueba la voluntad heroica de nuestro pueblo, que resiste con abnegación y estoicismo esas penurias”¹.

A la fecha de hoy, sin embargo, el impacto de esos cambios “es reducido y asimétrico; se favorecen las desigualdades y una ya evidente estratificación de la sociedad, contraria al estándar moral generado por el triunfo insurreccional de 1959. Los beneficios son repartidos con preferencia a grupos de élites ya existentes o en plena consolidación, como nuevas clases em-

poderadas. Mientras, en la cultura de masas son cooptados los talentos creativos de la juventud y —mercado mediante— se construye socialmente un nuevo modelo de individuo ‘exitoso’: consumidor, egoísta, sexista e hipercompetitivo, ajeno a la solidaridad, a la reflexión crítica y al respeto a las diferencias, así como con un compromiso político limitado al pragmatismo más cínico” (Prieto y Díaz, 2014: p. 35).

La crisis y desgaste del proyecto sociopolítico y económico de la “Revolución” impactó significativamente en las prioridades y las expectativas individuales y sociales, que se concentraron en satisfacer las múltiples y perentorias necesidades cotidianas. Todo ello ha dado lugar a “nuevas o renovadas subjetividades existentes en una sociedad cada día más diversificada y desigual” (Guanche, 2012). Frente a la poca credibilidad en las instituciones o canales actuales de participación, el bajo nivel de propuesta de creación de nuevos espacios, la inexistencia o —por lo menos— el desconocimiento de un proyecto y/o un liderazgo con capacidad de convocatoria, y la desarticulación de la sociedad civil para asumir los cambios, esas subjetividades han optado entre “sobrevivir” o “escapar”, como reacción frente a la crisis estructural e ideológica que experimenta el régimen sociopolítico en Cuba:

“Cuando los actores políticos no pueden dar respuesta a todos los problemas sociales al macronivel, los actores sociales las buscan espontáneamente al micronivel. (...) Es este escenario, conformado por la introducción progresiva del mercado, la legitimación de la desigualdad, la reducción de la capacidad de respuesta total de la esfera política conductora, los nuevos resortes de la informalidad, el restablecimiento de un espacio al individualismo, y la

contradicción entre la ética del contrato y del provecho privado y la salvaguarda del bien común, el que da lugar a la revisión y recuperación de roles de la institucionalidad de la sociedad civil cubana (...)” (Alonso, A., 1995).

REFLEXIÓN O SOBREIDEOLOGIZACIÓN

En Cuba, el rol reflexivo crítico de las Ciencias Sociales, en particular de la Sociología, se ha visto mermado por la sobreideologización, la monoteorización dogmática y la negación del papel crítico de la teoría social (Hernández, 1998). En consecuencia, la reflexión sociológica ha adolecido de ausencias significativas, particularmente las que refieren a las investigaciones sobre teoría y epistemología, lo que redundará en una carencia de visión crítica de la producción sociológica en la isla. La cuestión racial y sus nexos con la desigualdad social, la estructura social, la integración y conflictividad social, las alternativas de desarrollo, las cuestiones del poder y los actores sociales, han sido algunos temas que han carecido de atención

¹ Proyecto *El Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos*, V Congreso del PCC, Editora Política, La Habana, mayo de 1997, p. 4.

y análisis (Espina, 1995). En otras palabras, las necesidades que se derivan de la llamada “creciente complejización de la sociedad cubana actual” (Figueroa, 2010) no han sido suficientemente atendidas por la comunidad científica.

Con todo, y pese a las múltiples dificultades que puede experimentar esta comunidad en Cuba, recientemente se han generado espacios que han promovido la comprensión sobre la actualidad cubana, propiciando la reflexión sobre temas y enfoques ideológicamente muy diversos.

Por nombrar uno de los de mayor alcance —cuestión, por lo demás, muy difícil de medir en Cuba—, el Laboratorio Casa Cuba, creado por la revista *Espacio laical*, se propuso en 2012 convocar a un grupo para la investigación social y jurídica con el ánimo de contribuir a dar continuidad al diálogo entre cubanos. En marzo de 2013 su contribución se ve sintetizada en el documento “Cuba soñada - Cuba posible - Cuba futura: propuestas para nuestro porvenir inmediato”. En él se reconoce que el país vive un cambio de época y, en consecuencia, propone formular propuestas que “puedan ser estudiadas y debatidas públicamente acerca de cómo podría desarrollarse, junto al proceso de actualización económica, la debida renovación del orden social cubano” (*Espacio laical* N° 226, 2013)².

Sus autores lograron avanzar en la propuesta de una definición mínima de República y algunos posibles instrumentos para realizarla. El propósito es construir una agenda compartida que contribuya con opiniones y creencias diferentes a concretar, ampliar y profundizar cinco criterios que —según aspiran— sean la base de la convivencia social en Cuba en un futuro próximo. Como criterios, se aboga por la realización de la dignidad humana, que se concreta mediante el ejercicio no-violento de la libertad, la igualdad y la hermandad; por la socialización de la riqueza espiritual y material; por la consecución de una democracia plena; por la búsqueda de la mayor estabilidad en el proceso de cambios, y por el resuelto rechazo a la intromisión de poderes extranjeros en los asuntos de Cuba (Ibíd.).

En lo antes dicho se reafirma la importancia de la generación de un debate nacional en el que se piense críticamente sobre la realidad nacional y en el que se puedan proyectar las alternativas de futuro. Esto supone la constitución de “debatientes” reales, abocados a determinar en términos teóricos y prácticos lo que *podría* ser. Para que tal tarea sea viable, es necesario reemplazar la dinámica de un cambio como resultado de presiones externas o de búsqueda de superación del caos, por una agenda que sea fruto de la participación democrática. Al mismo tiempo, se requeriría que la ideología transitara de ideología heroica inspirada en la unidad indiferenciada a ideología de la diferencia en la unidad, es decir, a la ideología del heroísmo cotidiano; en una palabra: que se haga profana.

Los desafíos que supone este proceso de “normalización” de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos se ubican no solo en los planos político/institucionales o económicos, sino también en el plano valorativo, en el confuso y complejo imaginario social. En la perspectiva de la democratización, para que

Las necesidades que se derivan de la llamada “creciente complejización de la sociedad cubana actual” no han sido suficientemente atendidas.

sean posibles, sin embargo, la democracia se debe entender —a la vez— como punto de partida, como método, proceso y práctica, y como utopía. La democracia como *utopía* es el norte hacia donde apunta la democratización. Este proceso debería facilitar y promover una convivencia que tienda a superar la tensión entre libertad, igualdad de oportunidades y forma ordenadora. Su importancia no está en si esa perfección es alcanzable o no, sino en que la utopía posea fuerza y realidad actual, por cuanto en el imaginario social de la Cuba de hoy este futuro sigue apareciendo más como amenaza que como esperanza. MSJ

REFERENCIAS

- Alfonso, María Isabel (2014), “La reacción cubano-americana ante las medidas del Presidente Obama: entre el regocijo y la culpa”, *blog* de Emilio Ichikawa disponible en www.eichikawa.com, publicado el 21 de diciembre de 2014.
- Alonso, Aurelio (1995), “Catolicismo, política y cambio de la sociedad cubana actual”, *Revista Temas* N° 4, La Habana.
- Espina, Mayra (1995), “Tropiezos y oportunidades de la sociología cubana”, *Temas*, N° 1, pp. 36-49.
- Figueroa, Galia (2010). “Ciencias sociales, retos y debates a inicios de siglo”, *Temas*, N° 62-63, pp. 199-209.
- Guanche, Julio C. (2012). *La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia*, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile.
- Hernández, Aymara (1998), “En Cuba revolucionaria espacios intermitentes para la Sociología”, en Luis J. González y Aymara Hernández, *El desarrollo de las ciencias sociales en América Latina. Contribuciones a un balance*, FLACSO-CRESALC-UNESCO, Santo Domingo.
- Infobae (2014), “Tres voces cubanas que dudan más del futuro que del presente”. Disponible en <http://www.infobae.com/2014/12/18/1615923-tres-voce-cubanas-que-dudan-mas-del-futuro-que-del-presente>
- Monreal, Ricardo (2014), “El muro entre Estados Unidos y Cuba comienza a caer”, CNN en español, 23 de diciembre de 2014, disponible en <http://cnnespanol.cnn.com/2014/12/23/el-muro-entre-ee-uu-y-cuba-empieza-a-caer/>
- Prieto, Dmitri y Díaz, Isabel (2014), “Las reformas cubanas: imaginarios, contestaciones y miradas críticas”, en *Miradas sobre Cuba*, Observatorio Social de América Latina, Año XIV, N° 36, CLACSO, México, pp. 17-47.

² Disponible en: http://www.espaciolaical.org/contens/esp/sd_226.pdf